

**Lo pequeño es hermoso**



**Kenshinkan dôjô**

*Siempre me ha fascinado la escritura cuneiforme, originada en Mesopotamia hace cuatro mil años. Su desciframiento fue un hito para la Lingüística, contribuyendo a ello muchos investigadores que comenzaron a trabajar en esa dirección a comienzos del siglo XIX. Descifrar aquellas primeras tablillas de arcilla fue el comienzo de un proceso que derribó algunas de las fronteras que existían entre nuestro mundo y aquel otro que se describía en lenguas ya desaparecidas: acadico, asirio, luvita, hitita, etc. Hacer entendible aquel maremágnum de signos fue un paso adelante sin precedentes que nos acercó a una realidad milenaria: la de las primeras civilizaciones.*

*Uno de esos lingüistas fue el dominico e investigador Jean Bottero, quien dedicó su vida a escudriñar los secretos de las viejas lenguas del país de los ríos Éufrates y Tigris, ese lugar mítico, cuna de nuestra Civilización y baluarte de nuestra historia común.*

*En uno de sus libros, Bottero describe su felicidad y gozo interior al descubrir en un recóndito signo algo hasta entonces desconocido por él mismo. Ese pequeño triunfo personal, acaecido sólo de tiempo en tiempo, había dado sentido a su extraordinaria epopeya vital en torno a las Lenguas Muertas.*

*Sí, lo pequeño es importante y, también, como nos enseñó Saint-Exupéry, puede ser hermoso.*

*Mi maestro de Okinawa Kobujutsu es Juan Antonio Quirós Sensei, a quien conozco desde hace veinticinco años y con quien, desde entonces, mantengo una estrecha amistad. Juan Antonio Sensei es un auténtico Sôgô Bujutsuka, esto es, un budoka integral y, también, un ejemplo de Bandomusha: un hombre que persigue el desarrollo de su persona a través del Budô que estudia y practica, un Arte que aprendió de algunos okinawenses insignes, como Kanei Sensei.*

*Desde mis comienzos, siempre he asociado el Kobujutsu con el Karatejutsu, o Karate-dô y siempre, también, he tenido cerca mis armas: bo, nunchaku, tonfa, etc. No obstante, durante muchos años ha habido una pieza del rompecabezas del Kobujutsu que ha ocupado un espacio preferente en mi recámara mental: el eku, o remo.*

*Durante años estuve ahí, aguardando con paciencia, hasta que mi Sensei considerara oportuno enseñarme a trabajar con esa arma tan genuinamente okinawense. Finalmente, en uno de mis viajes relámpago a Madrid, tuve la oportunidad de comenzar a trabajar con el remo, estudiar su kihon y desarrollar su kata.*

*En los kata de Kobujutsu existen algunas situaciones que son ejemplares, momentos que nos demuestran su procedencia y nos acercan a la vivencia de su creador, dibujándonos el contexto en el que se desarrollaba semejante secuencia técnica; como ese instante en el que el kobudoka saca uno de sus sai -escondido hasta entonces en su cinto- y lo lanza a la arena, dejándolo ahí, varado, quieto, a la espera de proseguir con él una vez lo necesite; o aquel otro en el que, caminando con un palanquín a hombros y dos cubos de agua a ambos lados, el kobudoka hace un alto en su marcha, deposita su carga en el suelo y se dispone a utilizar el bastón largo, que hasta entonces sustentaba su peso. Para mí, estos pequeños momentos del kata son muy singulares.*

*La mañana había sido intensa, transcurría el Gasshuku y habíamos trabajado ya con el versátil bo, recorriendo todas sus posibilidades, nombrado sus kata, buscado las direcciones correctas de los movimientos, comentado sus bunkai e inspeccionado la razón de su naturaleza. Después, diligentes, habíamos tomado los tonfa, se nos habían caído los brazos al ir sumando movimientos, soportando ataques pesados, recordando la posición de los extremos, haciendo trabajar doblemente al cerebro cuando éste había de controlar dos movimientos distintos, pero simultáneos, ejecutados con ambos brazos. Más adelante, fue el momento del sai, ese arpón sutil, preciso, fino y puntiagudo; posteriormente, habíamos hecho uso del dinámico, fluido y determinante nunchaku; también, del sencillo, humilde y discreto, pero tremendamente efectivo, tambo, etc.*

*Rozando el final de la jornada, vino el eku. En ocasiones, las esencias se muestran en frascos muy pequeños y ésta, la Esencia, estaba allí, agazapada, escondida una vez más en un kata de remo.*

*Fue allí, bajando el centro de gravedad hasta tocar el suelo de la playa, teniendo el sol a la espalda y el mar a mi lado, cuando mi maestro me invitó a soltar el remo y hendir la mano izquierda en la arena fina, utilizar*

*sunakake y provocar kasumi -niebla, oscuridad, distracción- para proseguir con mi kata y dar sentido a ese estadio de su ejecución.*

*Fue un comentario menor, pequeño, ligero e impreciso, era un gesto sencillo, inapreciable, desapercibido, pasajero y fugaz, pero, para mí, todo el trabajo anterior, el sacrificio, el dolor, la constante repetición y el cansancio, habían merecido la pena. Una vez más, lo pequeño me sorprendía y había resultado ser importante. Una vez más, lo pequeño se había convertido en algo hermoso.*

*Recuerdo una anécdota de Michel Coquet en relación a su práctica de Kyudo. En una ocasión, mientras practicaba tiro al arco en Japón, quedó bloqueado en un momento del kata; era noche cerrada y no existía posibilidad alguna de corregir, aclarar y resolver semejante escollo. En el silencio de la noche se escuchó un ruido de motocicleta aproximándose más y más hacia el dojo: era Masahiko Tokuda Sensei, su maestro en ese Arte mientras residió en Shizuoka. Llegó, ajustó sus hombros y se marchó. Tras el pequeño ajuste, todo, de nuevo, ocupó su justo lugar. Lo pequeño se manifestaba, haciéndose grande, tan grande que todo lo iluminó.*

**Pedro Martín González**

**Kenshinkan dojo 2013**